



Decíamos el domingo pasado que el mensaje a los pastores no es solamente para que lo busquen, lo localicen y lo adoren; que es un “signo” y que, como tal, pretende revelarnos la personalidad del niño recién nacido, a quien debíamos ver como rey vulnerable, necesitado, inadvertido y silencioso, irrumpiendo en la historia humana. Ahora nuestra Liturgia nos invita a fijarnos en la personalidad de María, la madre de Dios que salva.

El texto de este domingo, pues, concretamente en el versículo 19, nos dice al pie de la letra: “María, por su parte, guardaba todos estos acontecimientos y los volvía a meditar” (traducción de la Biblia Latinoamericana), mientras el texto litúrgico traduce: “los guardaba en su corazón”. Ojalá recordáramos siempre que los acontecimientos de cada día son lenguaje de Dios que habría que meditar largamente. El “corazón” en la cultura hebrea, de la que María es heredera, no es exactamente lugar de la afectividad personal, como podríamos pensarlo nosotros en nuestro tiempo y cultura, el “corazón” es, más bien, sede de la conciencia y la interioridad. María medita, alcanza a comprender y a expresar, los acontecimientos que rodean el nacimiento de su hijo, diciéndose a sí misma lo que alcanza a comprender, tanto que es la garante de la verdad de los llamados “Evangelios de la Infancia” que caracterizan los escritos de los evangelistas Mateo y Lucas.

Asomémonos en la interioridad de María madre en la alabanza que la retrata: “Glorifica mi alma al Señor, mi espíritu se llena de júbilo en Dios mi salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva... Dios ha hecho grandes cosas por mí...”. Su silencio meditativo es activo y productivo, es una ocasión para emprender el aprendizaje de la autenticidad, de la humildad, que debiera caracterizarnos a quienes nos reconocemos como criaturas limitadas y necesitadas de la intervención de Dios en nuestras vidas, hoy y siempre. Que Dios nos conceda ser una valiosa gotita de agua en el mar inmenso de su amor.